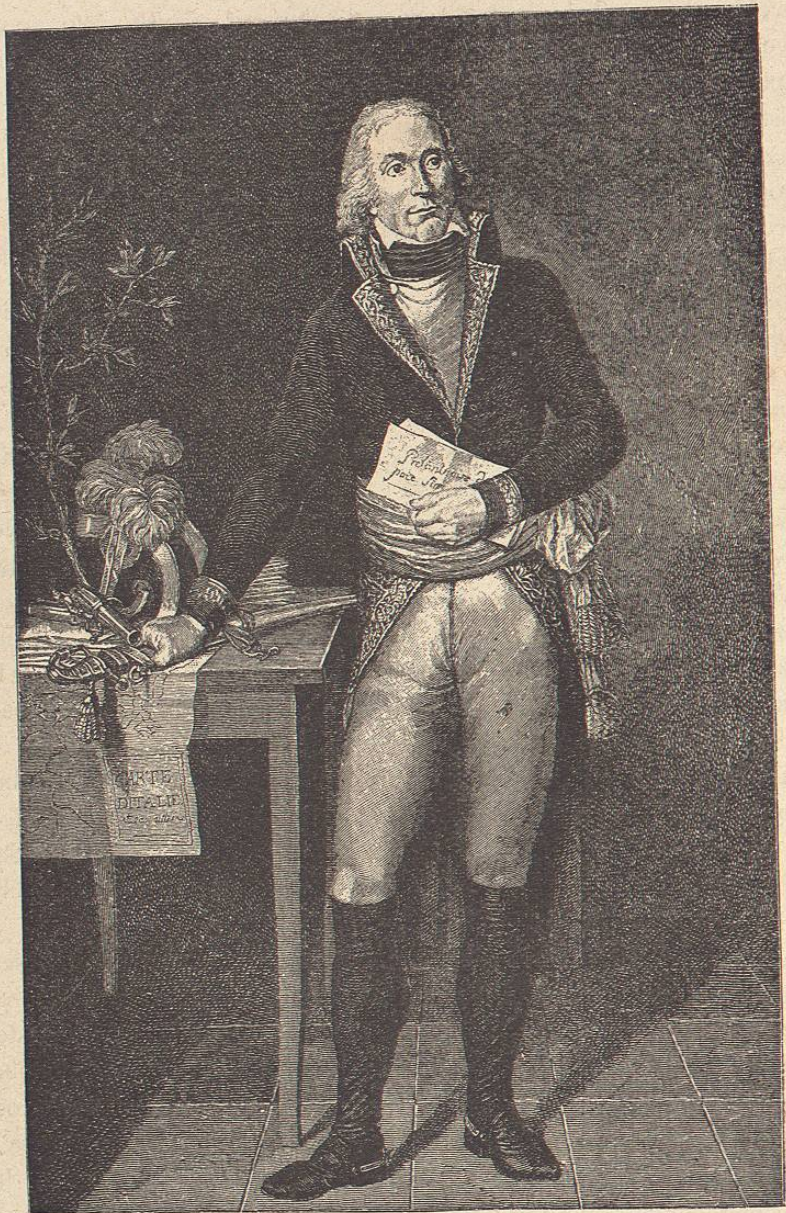


ced á un mal tiempo que había alejado á Nelson, andaba dispersada á contar del momento que tuvo que sufrirlo á su vez. Las averías que le causó la tempestad, y más aún la inexperiencia de sus tripulaciones y la detestable cualidad de sus materiales bastaron para ponerla en estado de no poder

aguantar el mar, así tuvo que regresar á Tolón á fines de Enero de 1805, algunos días después de haberlo abandonado, mientras Nelson corría á esperarle á Malta. La escuadra de Missiessy sólo pudo llenar su misión y dirigirse á la Martinica en donde en vano debía esperar á Villeneuve.



MASSENA

Ese contratiempo irritó en alto grado á Napoleon, pero lejos de concluir de él que era demasiado aventurado combinar grandes operaciones con tan malos elementos, adoptó sobre la marcha el gigantesco plan que quedó como el pensamiento madre de todos sus proyectos subsiguientes.

Abandonando la idea de la expedición á la India tan pronto como la hubo concebido, resolvió enviar

á la Martinica ya no sólo á Villeneuve y Missiessy con las escuadras de Tolón y Rochefort sino á Gauteaume mismo con la de Brest. Debía este almirante salir de Brest con treinta y un navíos y dirigirse al Ferrol. Aquí debía unirse con la escuadra española y marchar directamente á la Martinica en donde ya encontraría reunidas las fuerzas de Villeneuve y de Missiessy. Hecho esto regre-

saría al estrecho de Calais con más de cuarenta navíos de línea, armada naval irresistible. Se preveyó el caso en que uno de los dos almirantes faltara á la cita; en ese caso Gauteaume regresaría con el otro, y si tenía menos de veinticinco navíos se le avisaba que encontraría ya fuerzas en el Ferrol, ya

en Cherbourg con que completar su escuadra antes de dirigirse á Bolonia. Estas fueron las órdenes que Napoleon envió á Gauteaume y á Villeneuve el día 2 de Marzo de 1805.

Villeneuve recibió la orden de marchar de nuevo á la Martinica y de esperar allí á Gauteaume duran-



EL PRINCIPE EUGENIO NAPOLEON

te cuarenta días. Ese magnífico plan suponía muchas cosas de una realización difícil. Suponía que las escuadras francesas no tendrían mal encuentro ninguno; suponía que las escuadras francesas se podrían encontrar en el tiempo prefijado en el lugar designado; suponía que una vez concentradas podrían mantenerse á través de esos espacios inmensos, á pesar de las dificultades que tal reunión añadía á los peligros ordinarios de una navegación tan

larga; suponía que el almirantazgo británico y sus eminentes marinos no sabrían ver ni comprender nada de lo que pasaba; suponía, en fin, que una marina incapaz de las maniobras más elementales cuando se trataba de diez ó quince buques, se convertiría en irresistible cuando tendría que mover una masa que no se había visto en el mundo desde los días de la armada de Jerjes en Salamina. De modo que se debían contar por adelantado con muchos milagros.



Mientras que todo se disponía para el éxito de esas grandiosas combinaciones, París acababa de contemplar con indecible sorpresa el pomposo espectáculo que Napoleón había considerado como la indispensable consagración de su gloria y de su poder.

Después de largas vacilaciones motivadas ora por la indignación bien conocida que su intento inspiraba á todos los corazones verdaderamente católicos, ora por pueriles susceptibilidades que parecían apenas creíbles, el papa Pío VII se había al fin resignado á partir para París. Ese Pontífice á quien ni la ratera de Vicennes, ni el recuerdo de las bufonadas anti-religiosas de la campaña de Egipto, ni tantas irritantes iniquidades cumplidas, ora en Francia, ora en Europa, habían podido distraer de una resolución tan grave, se le vió en el último momento retroceder, porque la carta de Napoleón había omitido una fórmula convenida, y le había sido llevada por el general Caffarelli en vez de serle remitida por dos obispos. Abandonó á Roma el día 2 de Noviembre. Napoleón salió á su encuentro hasta Fontainebleau, pero temiendo demostrar demasiada preferencia por su huésped, quiso que su primer encuentro pareciera cosa casual. Fué en traje de caza y rodeado de sus mamelucos y de una tralla de cincuenta perros, en un camino perdido del bosque de Fontainebleau, en donde se presentó al Santo Padre.

Abrazáronse los dos soberanos, y cuando tomaron juntos el coche, Napoleón tomó la derecha, lo que decidió ya la cuestión de etiqueta por todo el tiempo que duró la permanencia del Papa en París. Esto no fué sino el principio de las pequeñas desazones que, según el testimonio de Consalvi, llenaron su alma de amargura. «Callaré, dice á este propósito, las humillaciones que tuvo que sufrir Pío VII. La memoria y la pluma se niega á tales relaciones.» Napoleón se mostró aquí lo que era en todo; siempre y en todas partes se hacía la parte del león: no podía sufrir partir con nadie; estaba siempre pronto á ver una competencia en los honores prestados á una clase de mérito que no era el suyo; hubiese estado celoso de la popularidad de un santo como de la influencia de una mujer; no conoció jamás las delicadezas de la cortesía, ni aún esta generosidad del corazón que le hubiese hecho sentir que cuanto más débil era su huésped, tanto más fácil era cederle el paso, así trató al Papa como á su capellán.

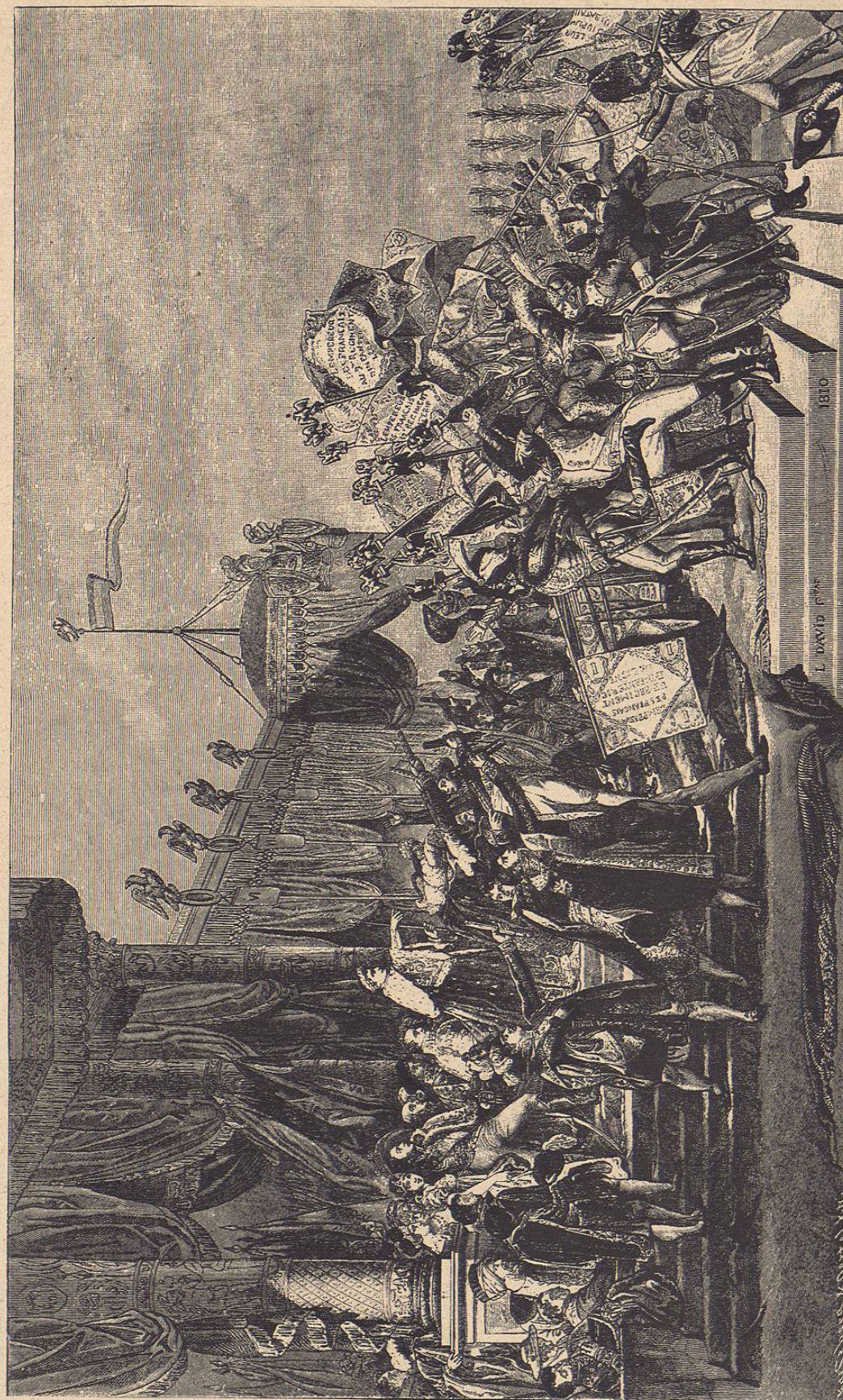
En 2 de Diciembre de 1804, tuvo lugar en Nuestra Señora la ceremonia á que tanta importancia daba desde el punto de vista del porvenir y del

prestigio de su poder. Esta representación teatral había sido preparada por medio de ensayos dirigidos por el pintor Isabey elevado al papel de empresario, ensayos muy ingeniosamente dispuestos para la corte, valiéndose al efecto de pequeñas muñecas de madera, todo con gran satisfacción del amo. Pero á pesar de todo el trabajo que se tomó, y á pesar de la facilidad innata de la gente cortesana para imitar las muñecas de madera, rara vez se vió ceremonia más fría ni más triste. Esa mezcla extraordinaria de creencias, ritos y extraños trajes, tomados del gusto de varias épocas que no tenían nada de común, esos vestidos de orden compuesto, en los que iban aparejados el Directorio con la Edad media, Enrique IV con la antigüedad, esos personajes embarazados con sus disfraces, esos generales de la república llevando uno la corona de Carlomagno, el otro su cetro, un tercero la canastilla de la emperatriz, un cuarto su anillo puesto en un almohadón, todo esto aún interpretado y arreglado después, por un gran artista como David, produce el efecto de una monstruosa cacofonía.

Todos los actores de esta gran parodia tenían por otra parte algún motivo de embarazo ó de descontento; los unos se sentían heridos en sus pretensiones, los otros en contraposición con su gusto. El Papa estaba exasperado por haber tenido que aguardar al emperador más de una hora; el emperador estaba enojado con el Papa por haber tenido que someterse la víspera á su matrimonio religioso con Josefina cuando tenía ya pensado repudiarla. Notóse que no hizo más que bostezar durante toda la ceremonia. Los que no bostezaban, si hemos de creer al arzobispo de Malinas, tenían otra clase de preocupación, el temor de no poder conservar su continente serio hasta el final. Si una sola risotada hubiese dado la señal, habría acabado de golpe la gravedad de la augusta Asamblea, Carlomagno y sus paladines desaparecían en medio de una chacota general.

La secreta ironía que se mezclaba con la solemnidad para hacerla ridícula, hubo sobre todo de afectar á todos los espíritus cuando se oyó á ese monarca de la Edad media alzar su voz para prestar su juramento de mantener *la igualdad de derechos, la libertad política y civil, y la irrevocabilidad de la venta de los bienes nacionales*. Aquí el anacronismo llegaba á lo grotesco.

Por lo demás las sorpresas que tan familiares eran al genio de Napoleón, no faltaron en la ceremonia de su consagración. Sabido es, como, cuando el Papa se dispuso á poner sobre su frente la



DISTRIBUCIÓN DE ÁGUILAS AL EJÉRCITO. (Cuadro de David.)